



MURALIA

Los ojos de González Sainz

ALFREDO YBARRA

Hay escritores que buscan tener público, otros, sin embargo lo que desean es tener lectores. Los primeros viven de lleno la carrera literaria, con todo lo que conlleva. Los segundos quieren hacer una obra literaria, al margen de los saraos y concesiones que hay que hacer en la pomada de los escritores. En el segundo caso se encuentra el escritor soriano José Ángel González Sainz. En los últimos veinte años nos ha ofrecido sólo cuatro obras: *Los encuentros* (1989), *Un mundo exasperado* (1995), *Volver al mundo* (2003) y, ahora, *Ojos que no ven* (Anagrama). Sin embargo, González Sainz ha sido capaz de crear una narrativa enormemente ambiciosa, sin puntos de referencia con otros escritores españoles contemporáneos. En 1995 consiguió el Premio Herralde con la novela 'Un mundo exasperado' y en 2006 el Premio de las Letras de Castilla y León, galardón que han recibido, entre otros, Carmen Martín Gaité, Luis Mateo Díez, Torrente Ballester y Miguel Delibes; digo esto para ya decir que estamos ante un autor recio, pilar de la narrativa actual española. Su estilo, muy singular, sorprendentemente evocador a pesar de su aparente sequedad formal, se reconoce en cada párrafo merced a tres o cuatro recursos personalísimos. Y la proyección filosófica trasciende el entorno político que refleja.

Como en su anterior novela, nos hace reflexionar sobre la herida del tiempo y sobre la responsabilidad personal. Todos tenemos un pasado que en parte nos atormenta, y algunas culpas de las que querríamos absolvernos, enterrándolas para sentirnos mejores que los demás. Pero la lectura de 'Volver al mundo' u 'Ojos que no ven' no nos lo permite, ni nos autorizan a ello sus personajes. *Ojos que no ven* cuenta la vida de un hombre esencialmente honesto, Felipe Díaz Carrión, y la de los suyos. Tras quebrar la imprenta en la que había estado trabajando desde los 20 años, a los 40 Felipe tiene que recomponer su vida, y se marcha al norte al País Vasco, a un pueblo industrializado y boyante. Felipe encuentra empleo en una fábrica de productos químicos. Pretende desde su humilde posición que no le falte de nada a su familia y hacer bien su trabajo. Al crecer, su hijo mayor, resentido por sus orígenes y carcomido por el odio, se adentra en los movi-

mientos nacionalistas radicales, los que continuamente ven un facha en los demás, los dispuestos a secuestrar a gente, incluso a matar, para imponer su criminal proyecto independentista. También Felipe se encuentra con la transformación de su mujer, Asun, arrastrada por el deseo de asimilación en una sociedad anclada en el miedo y el silencio temeroso, en una pieza más del engranaje de justificación y apoyo implícito a la banda criminal. Felipe se va quedando solo, sólo con el apoyo de su hijo menor, desgarrado en sus preguntas.



José Ángel González Sainz. EFE

«Que veinte años no es nada», que decía Gardel. Pero si en la vida son un espacio rápido de tiempo, también pueden ser una losa. Como los veinte años que separan el primer adiós de Felipe a su pueblo, rumbo a Guipúzcoa, y el momento del regreso con el que se abre la novela. Entre medias, la transformación, la decisión... la culpa. Esa culpa ponzoñosa que sacude el espíritu de un hombre honesto -dos décadas con la luz en su actitud para acudir a la fábrica- al preguntarse qué ha hecho mal para que su hijo, aquel niño cuyas fotos infantiles le hierven dentro, se haya convertido en un ser irreflexivo, capaz de abatir sin dudar de un disparo en la nuca a un ser humano indefenso e inocente. Y sin un remordimiento tras tal 'hazaña'.

Frente a estas ideologías que, para hacerse oír, deben recurrir al terror, González Sainz reivindica el diálogo social. Frente a las pistolas, pone la palabra. *Ojos que no ven* denuncia a los hampones de baja estofa que se amparan en viejos romanticismos y señala directamente a la sociedad que mira para otro lado. Ahí reside la virtud cívica del autor y el valor testimonial de esta novela escrita por uno de los mejores narradores españoles actuales.

Hay un hondo disgusto con el tiempo presente en González Sainz, con su mediocridad moral. El hombre contemporáneo hace gala de su ignorancia, de sus vacíos y ha decidido que no tiene nada de lo que arrepentirse (ojos que no ven). Pero hay un palpito en la presta cuidada y sosegada, con un viejo mimo de la palabra y la expresión exacta, de González Sainz que apunta desde unas esenciales estética ética a la proa de la nave de nuestra realidad humana.